

Carta de Brasil

La bomba brasileña

Delfín Colomé

¿Un mito? Quizás no tanto como eso. Un estereotipo sí, sin duda alguna. Carmen Miranda, *the Brazilian bombshell* –la bomba brasileña, como fue bautizada en Hollywood– triunfó en el cine de los cuarenta, representando un papel peculiar en el que su latinidad adquiría un perfil que oscilaba entre lo absurdo y lo exótico. Una latinidad que se reflejaba en las sensuales insinuaciones de su cuerpo bien modelado, actuando en las antípodas escénicas de la también insinuante frialdad de Greta Garbo. Una latinidad cuyos factores fundamentales eran el ritmo, de permanente samba y batucada; el color, de sus vestidos y abalorios; e incluso el sabor tropical de los frutos que –en inexplicable equilibrio– integraban sus sorprendentes sombreros. Una latinidad banal, superflua, de patio trasero del imperio que se batía, en aquellos años, en Europa y en el Pacífico, por la supervivencia de unos valores –libertad, democracia, derechos humanos– que difícilmente toleraría después –e incluso cercenaría– en Hispanoamérica.

Carmen Miranda iluminó muchas de mis tardes juveniles en los cincuenta, en las sesiones continuas del cine *Verdi*, mitificado en las novelas de Juan Marsé. En la postguerra española, repleta de incitantes últimos-de-Filipinas y Agustinas-de-Aragón, la excitante Carmen Miranda nos convocaba desde la singular capacidad mediática de los cromos y las postales, los pasquinillos de las distribuidoras y los pastiches de las pintarrajeadas carteleras, de brocha chillona de trazo, procaz y recatado al mismo tiempo, en un difícil equilibrio –más bien brutal desequilibrio– de ética y estética.

La Miranda era como un flautista de Hamelín que nos arrastraba a la acogedora oscuridad de la sala, surcada por encima de nuestras inocentes cabezas por un chorro de luz que se hacía mujer, tres veces cada tarde (a las tres, a las seis y a las nueve) después de los *nodos* y las *imágenes*. Y si Franco, indefectiblemente, inauguraba un pantano con pompa y circunstancia, seguidamente Carmen Miranda, como contrapunto fugado, nos transportaba a un nirvana de tres al cuarto donde, como en aquella poesía de Salvador Espriu, que ya entonces empezaba a recitarse a hurtadillas, todo el mundo era limpio, bueno y feliz. A la salida del cine, volvíamos a casa con

el cuerpo lleno de *o-tico-tico-tí*, *o-tico-tico-tá*, tres pasos adelante, uno hacia atrás y vuelta a empezar.

De la mano de estos recuerdos, franquéé meses atrás la puerta del Museo Carmen Miranda, con el que di callejeando sin rumbo –aunque con sentido– por Río de Janeiro. Se trata de un edificio de planta redonda, humilde pero bien construido, con el característico toque de originalidad atrevida que los arquitectos brasileños dominan, emplazado en el Parque do Flamengo, junto a la Avenida Rui Barbosa. En su interior, con decadente esplendor, luce la parafernalia del estereotipo: joyas, zapatos, vestidos, turbantes, sombreros; junto a carteles, programas, diplomas, premios, fotografías, discos, periódicos y revistas, a la mayor gloria de esa mujer que, en 1945, consiguió ser la estrella mejor pagada de la industria cinematográfica norteamericana: 201.000 dólares, frente a los 192.000 que cobraba Bing Crosby, los 184.000 de Errol Flynn, los 173.000 de Cary Grant o los 132.000 de Humphrey Bogart.

Cuando, el 5 de agosto de 1955, Carmen Miranda muere con sólo cuarenta y seis años, más de un millón de personas convierten su entierro en una sensacional manifestación que paraliza Río, hasta el Cementerio de São João Batista, al son de la samba *Adeus Batucada*, de Sinval Silva. Se cerraba así una historia de amor y desamor, de propósitos y despropósitos, que el Museo –pilotado por su entusiasta director y conservador, Iberê Magnani– recoge con total sentido hagiográfico.

Carmen Miranda no era brasileña de nacimiento. Maria do Carmo Miranda da Cunha nació en Oporto, en Portugal, el 9 de febrero de 1909. Un año después, su familia se trasladó a Brasil. Su madre tenía una bella voz y un tío suyo tocaba el violín. Desde muy pequeña mostró un desarrollado sentido teatral. Le gustaba imitar a todo el mundo y cantaba y bailaba con suma gracia.

Fue educada en un colegio de monjas, lo que le imprimió un profundo sentido religioso que conservó durante toda su vida. Ayudaba en misa e incluso se dice que, a los doce años, su padre le quitó de la cabeza la idea de ingresar en un convento. Su primera actuación artística fue en el propio colegio; cuenta la leyenda que con motivo de una visita del Nuncio Apostólico, ante el que recitó una poesía, moviendo ya sus brazos con un garbo inusitado para una niña de su edad.

A los dieciséis años, empezó a trabajar como vendedora de sombreros, primero, de corbatas, después, en las lujosas tiendas de la Rua Gonçalves Dias, donde dejó un imborrable recuerdo, no sólo de hermosa hembra, sino de mujer abierta y simpática que exhibía, por encima de todo, un excelente sentido de la comunicación.